

CONFERENCIA DEL MAESTRO OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

APRENDIZAJE DE LAS LEYES I

Salida de sol del 31 de mayo de 1962

Como los humanos se obstinan en transgredir las leyes que la Inteligencia cósmica ha creado para su bien, no reciben nada de las buenas influencias y de las corrientes celestiales. Nada puede infiltrarse en ellos, todo pasa al lado, porque están ahí, descuidados, insumisos, anarquistas. Pero ¿por qué oponerse siempre? ¿Por qué no armonizarse con este mundo maravilloso en el que viven todos los seres que pueden instruirnos, ayudarnos, salvarnos?

La tierra debe humillarse, la tierra debe inclinarse, debe someterse y cumplir las órdenes del Cielo. La tierra es nuestro cuerpo físico; y el Cielo es nuestro espíritu, nuestra chispa divina, nuestro Yo superior. Nuestra tierra, nuestro cuerpo físico, debe, pues, armonizarse con las vibraciones de esta chispa, de este espíritu divino. El hombre sólo puede ser feliz cuando se establece el acuerdo entre su naturaleza terrestre y su naturaleza celestial.

¡Cuántos de ustedes están todavía desequilibrados, zarandeados a uno y otro lado! Nada está claro en su cabeza, lo veo, y son ellos mismos los que vienen a decirme: “No he escuchado sus consejos, he hecho incluso lo contrario, ¿pero puede ayudarme aún?” Y, sin embargo, desde hace años, ¡cuántas palabras!, ¡cuántos consejos! Pero no me creen, son jóvenes y quieren hacer solamente lo que les da la gana. No existe actitud más peligrosa que la de no tomar en consideración la sabiduría. “¡Pero yo quiero hacer lo que me dé la gana!” Sí, lo harás, serás feliz, estarás contento, podrás decir: hago lo que quiero, pondrás incluso los pies sobre la mesa, pero esta situación no podrá durar eternamente, y, un buen día, te encontrarás en un atolladero.

Los humanos preparan malas condiciones en su cerebro, en su corazón, en su estómago, y por todas partes en su cuerpo, porque, inconscientemente, e incluso a veces conscientemente, transgreden sin cesar

las leyes divinas. Quieren afirmar su fuerza, su poder, y se dicen: “Sí, yo soy alguien, ¡y voy a actuar como me dé la gana!” Y, de esta manera, para persuadirse de que son fuertes e independientes, se internan en un camino peligroso, porque estas transgresiones, que se van acumulando, son deudas por pagar, y, un buen día, acaban sucumbiendo ante la enormidad de la carga. Los humanos deben saber que la naturaleza es más poderosa que ellos, y que, tarde o temprano, va a darles una lección. La naturaleza no es mala, es incluso muy clemente, pero a menudo se rasca la cabeza preguntándose qué puede hacer para hacer sentar la cabeza a estos hijos testarudos, egoístas y anárquicos. Ella no quiere destruirles, ha gastado ya tantas energías para darles la vida y para mantener esta vida que no va a decidir ahora suprimirles. Después de haber reflexionado mucho, encuentra que hay que ponerles en unas situaciones difíciles, y les envía avispa, mosquitos, para que les piquen, para que les muerdan un poco. Y entonces se ponen a correr, y comprenden. Eso es todo.

La naturaleza es buena, lo hace todo para nuestro bien, pero son los humanos los que se conducen como niños a los que se pide que hagan una cosa y hacen inmediatamente la contraria para mostrar que tienen voluntad propia. Manifestar la voluntad no es malo; incluso es una buena cosa, en determinadas condiciones. Por ejemplo, si les piden que participen en empresas criminales, entonces, sí, es el momento de mostrar su determinación y de negar su ayuda. Desgraciadamente, es cuando se ponen todos de acuerdo para participar. Pero, cuando se trata de trabajar para la luz, dan muestras de una cabezonería inexplicable.

Hay ciertas personas, por ejemplo, a las que advertí varias veces de lo que les iba a pasar si seguían por el camino en el que se habían metido. Yo no dejaba que se extraviasen sin aclararles las cosas, pero no me creían, sabían mejor que yo lo que tenían que hacer. Y, claro, ahora que les caen encima los problemas que yo ya había previsto - ¡era tan fácil de preverlos! - soy yo quien debe repararlo todo, y, si no lo hago, una vez más soy yo el culpable de todo. Pero, razonemos un poco, o sea que yo no estoy ahí para instruir a la gente, para conducirles por el buen camino, sino para que puedan hacer tranquilamente todas las tonterías, todas las locuras... Éste es mi papel: arreglar y reparar todo lo que los demás han demolido. Pero ¿creen acaso que eso será una verdadera solución? No, será peor. Mientras los humanos no hayan sufrido, mientras no hayan comprendido, será peor. Hay que dejar, pues, que sufran un poco, para que se den cuenta de que deben sentar la cabeza y desarrollar el discernimiento. Si les aplanan siempre las dificultades, nunca apreciarán el valor de las cosas, y seguirán

siendo eternamente inconscientes e ingratos.

Esto es lo que muchos padres no han comprendido todavía. Con el pretexto de que aman a sus hijos, nunca les dejan sufrir y quemarse un poco para recibir una lección. Al menor incidente, están ahí para arreglarlo todo. Pues no, el amor no es esto, y no es así cómo actúa el Señor o la naturaleza. Debemos ayudar a los humanos, pero dándoles explicaciones, aclarándoles las cosas, y, después, cuando empiezan a tomar conciencia de la situación y a sufrir un poco, podemos tratar de quitarles sus cargas. Sí, porque entonces apreciarán la ayuda que se les da, y se volverán prudentes, razonables, tomarán buenas resoluciones. Si no actúan así, no sólo no hacen ningún bien a nadie, sino que fomentan las maldades, los crímenes y todas las transgresiones.

Aquí, se les da lo esencial, ¿qué esperan para trabajar con estos elementos? Estas grandes verdades no deben tomarlas a la ligera, sino aceptarlas como fundamento de su vida, porque quizá no tengan después a nadie para ayudarles. Deben saber que no tienen derecho a hacer lo que les dé la gana; siempre tenemos que preguntarnos: “¿Lo que deseo hacer es la voluntad del Cielo, o sólo mi propia voluntad?” Pero falta el discernimiento, e incluso cuando saben lo que hay que hacer, hacen justamente lo contrario. La prueba, alguien me viene a ver y me pregunta: “Maestro, dígame todo lo que debo hacer para salir de mis dificultades y lo haré.” Bueno, de acuerdo, se lo digo, y prometo que lo hará, pero dos minutos después ha olvidado todos mis consejos y continúa exactamente como antes. ¿Por qué?, porque hay en el hombre otras tendencias, otras entidades, que le aconsejan también para arrastrarle a la ruina, y es a estas entidades a las que escucha. ¿Qué debe entonces hacer para no dejarse arrastrar? Debe aferrarse a lo que le dije y no escuchar a nadie más. Puesto que quería escuchar a su Maestro, ¿qué lo escuche! Pero no, hace todo lo contrario. Y si el Maestro le pregunta después: “¿Por qué no ha hecho lo que había prometido?”, entonces llora, lo lamenta, es muy desgraciado. Es consciente, pues, ¿pero por qué ha llegado a esta situación? Porque ha abierto la puerta a los indeseables.

¿Ven?, las conferencias sobre los indeseables todavía no han sido bien comprendidas, ni bien asimiladas. Cuántas veces les he dicho que no abran las puertas, porque después ya no podrán controlarse ni saber dónde están. Cuando uno ha hecho todo para perder el control de sí mismo, dejándolo a las entidades inferiores, cuyo interés es perder a los humanos, ya no puede acusarse más que a sí mismo y decirse: “¡Ah! no he trabajado

como Dios manda, no he estudiado bien”, y ponerse a trabajar para restablecer las cosas. Evidentemente, esto lleva tiempo. Cuando uno ha deformado su cerebro durante años con toda clase de pensamientos y de actividades desordenadas, ¿cómo quieren que enderece las cosas en unos minutos? Tendrá que trabajar de nuevo correctamente durante años antes de obtener buenos resultados.

Los humanos no conocen las leyes: se han pasado la vida haciendo tonterías, y, cuando deciden tomar otra orientación, se imaginan que alguien puede repararlo y restablecerlo todo en cinco minutos. Pueden imaginarse lo que quieran, pero esto es imposible, desgraciadamente. Igual que hizo falta mucho tiempo para destruirse, hará falta también mucho tiempo para restablecerse. Los hombres juzgan las cosas de forma verdaderamente extravagante. ¡Se creen todo lo que es inverosímil! Creen que van a poder enderezar de un solo golpe todo lo que han deformado durante años. Si un Maestro no es capaz de transformar en una jornada a un libertino o a un criminal, ¡ah! ¡es que no es un Maestro! ¡Miren qué razonamiento!

Y, por otra parte, supongan que un Maestro quiera ayudar a un criminal... ¿Qué aportará de bueno este criminal a la humanidad? ¿Por qué ir a remover el Cielo y la Tierra, por qué gastar unas energías preciosas para un ser que pueda ser dañino? ¿Creen que los Iniciados son tan estúpidos que nunca hacen ningún cálculo? Pueden remover el Cielo y la Tierra, pero únicamente para los seres que muestran que vale la pena hacerlo. Los sacrificios que hacemos por alguien deben tener un sentido. Hacerlo todo para un individuo que no iluminará a nadie, sino que, al contrario, perjudicará, no. Los Iniciados no hacen esfuerzos inútiles y estúpidos, porque cuestan muy caro y no tenemos derecho a utilizar estas fuerzas y estas energías para casos insensatos. Ni siquiera Jesús curó a todo el mundo. El Cielo quiere ocuparse de los seres, pero sólo de aquéllos para los que hay alguna esperanza.

Y yo también, estoy de acuerdo en sacrificar todas mis energías para una sola persona que valga la pena, antes que para cientos de personas que son como piedras, de las que no saldrá casi nada. Dirán: “Pero entonces, ¡todos estos educadores que quieren ocuparse de los minusválidos son mejores que usted!” Pues bien, sí, si quieren, son mejores que yo, tienen más amor que yo, y pueden seguirles. Yo soy un egoísta, no quiero gastar mis energías en cualquier parte.

Les doy algunas ideas generales sobre mi forma de razonar; hagan de

ellas lo que quieran. Y si me clasifican en la categoría de la gente que no tiene ninguna piedad, son libres de hacerlo. Pero no se ofendan si les digo que su opinión no cuenta para mí. ¿Por qué? Porque yo me preocupo únicamente de la opinión de otros seres, superiores a ustedes, y que me interesan más. ¡Hay tantas opiniones en el mundo!

Ahora, claro, yo no quiero salpicar a nadie. Todos son hijos míos, y me duele el alma cuando le sucede algo desagradable a uno de ustedes. Días enteros, y hasta noches, me atormento a veces, y pido al Cielo cómo puedo ayudarles. Todo lo que hacen se refleja sobre mí; la Fraternidad es mi familia y quisiera verla siempre en buen estado. Pero pueden producirse casos como esta mañana en que alguien ha perdido un poco la cabeza. Eso no tiene nada de extraordinario. ¡Cuántos en el mundo se encuentran en un estado deplorable! Pero, cuando sucede aquí - ¡lo que, gracias a Dios, es muy raro! - deben reflexionar, porque siempre es alguna lección para todos nosotros. Cada uno debe reflexionar y decirse que, si no se vigila, si no respeta las leyes divinas, también a él pueden sucederle estas cosas.

Así que, en vez de criticar, o de hacer bromas incluso, deben pensar: “¡Señor Dios, dame atención, dame amor y sabiduría para que pueda conducirme siempre correctamente!” Pero muy pocos saben tomar estos incidentes como una lección, como una advertencia. La mayoría dice: “¡Ah! ¡esto nunca me sucederá a mí!” Pero no, éste no es buen razonamiento. Siempre hay que preguntarse cómo utilizar los menores hechos que se producen para conocer mejor la naturaleza humana, para extraer lecciones, para sentar la cabeza y tener siempre la mejor actitud. Si nos contentamos con criticar y burlarnos, sin reflexionar, no aprendemos nada. No hay que actuar así. Tanto más, cuanto que esta actitud no ayuda a la persona enferma. Es verdad que hay seres desequilibrados, pero los que son, supuestamente, normales, tienen a menudo tan poca comprensión con ellos que no hacen más que agravar su desequilibrio. Así que, ¿de qué sirve ser normal, si no se va a hacer ningún bien a los demás, sino mal, a menudo?

Todo lo que sucede debe servir para nuestra instrucción. Cuando uno no tiene el hábito de observarse, no ve lo que puede revelarle el mínimo gesto de una persona y dice que ha hecho este gesto por casualidad ¡o porque un espíritu se ha manifestado a través de ella! No, no hay espíritus en el sentido que lo entiende la gente. Lo que llaman espíritus son las leyes de la naturaleza. Empezaron hace ya mucho tiempo a infringir las leyes, y ahí están ahora los resultados. Un gesto nunca es algo aislado, un gesto es el resultado de toda una historia que muestra cómo nos hemos desarrollado,

cómo hemos vivido, sentido, actuado. Sí, un simple gesto. Para el que sabe situarlo, conectarlo con el conjunto, un gesto es el reflejo de todo un mundo, la consecuencia de todo un encadenamiento de pensamientos, de sentimientos, de actos previos. Hasta que no se hayan habituado a hacer este tipo de observaciones, los humanos, que ven cada fenómeno aisladamente, no pueden comprender el significado profundo, oculto, de todas las manifestaciones: formas, movimientos, colores, sonidos, palabras, miradas... Deben aprender esta ciencia de la unidad que les revelará las conexiones entre todas las cosas.

Un gesto de locura sólo puede producirse, pues, cuando, desde hace ya mucho tiempo, el hombre se ha dejado llevar a una actitud contraria a las prescripciones de la sabiduría. Para curarle, hay que obligarle a hacer esfuerzos en un sentido bien determinado. Es difícil, pero es el medio más eficaz, mucho más eficaz que las píldoras o los electrochoques. Se trata de un trabajo psicológico preciso, y esto es lo que yo hago. Para cada uno, trato de encontrar el origen de ciertos errores, y le hago volver ahí, al principio. No quiero darle un remedio que no tenga ninguna relación con la causa de su mal. ¿Me comprenden? Evidentemente, hay que tener mucha paciencia y tenacidad, porque, a menudo, cuando se le dice a una persona enferma lo que debe hacer para curarse, ¡hace todo lo contrario!... Pero no importa, hay que insistir hasta que se sienta obligada a hacer exactamente lo que se le pide. Entonces, ya está, la curación está ahí. Pero esta curación no se produce por completo inmediatamente, porque el desorden tardó también mucho tiempo en desarreglarlo todo.

¡Cuidado, pues, mis queridos hermanos y hermanas! Todos ustedes deben tomar más en consideración mis palabras, aférrense a ciertas verdades. De entre estas verdades, la más importante es pensar siempre en conectarse con el centro, con la fuente, con el Creador, a fin de recibir las corrientes y los elementos más puros. No hay mejor método de salvación. Mientras no tengamos una idea divina en el centro de nuestra existencia, estamos siempre flotantes, en todas partes y en ninguna, y, evidentemente, somos una casa abierta a todas las entidades inferiores. Hay que tener una idea. Algunos dirán: “¿Una idea? ¿Para qué me valdrá?” ¿Ven?, no tienen ninguna ciencia en su cabeza. No saben que una idea puede preservarles, que esta idea es la que va a cerrarles la puerta a los indeseables.

Hasta que no hemos comprendido el trabajo que puede hacer una idea en todas las regiones del ser humano, cómo protege y refuerza, estamos a merced de todas las fuerzas desordenadas de la naturaleza que quieren venir

a instalarse en nosotros para saquearlo todo. Y después acusan a los instructores de no haber sabido remediar las desgracias del mundo entero. No están obligados a hacerlo. Son los humanos los que deben acercarse a la fuente para beber agua pura. La fuente no va a desplazarse para ir a dar de beber a todas las criaturas; es cada criatura la que debe ir a la fuente para beber en ella.

En esta idea de sintonizarse con la Causa divina, con el Cielo, quería también insistir Jesús en la oración dominical: “Hágase tu voluntad, así en la Tierra como en el Cielo”. Todavía no se ha profundizado suficientemente este punto para comprender que existe una conexión mágica que siempre debemos tratar de restablecer para que siempre haya entre nosotros y el Cielo una armonía, una consonancia. Ésta debe ser una tarea de todos los días, porque, si no, abrimos la puerta a todas las desgracias, en primer lugar, en el plano psíquico, y, más tarde, en el plano físico. Si no me creen, ¡van a verificarlo!

Existe un mundo divino con el que deben armonizarse, porque le deben una obediencia absoluta. Con respecto a los humanos, es diferente; no están obligados a inclinarse ante los idiotas, los injustos, los orgullosos. Pero ante el Cielo y las criaturas que trabajan para el Cielo, que reflejan el Cielo, sí, porque es como si lo hicieran también con el Cielo, y, por otra parte, pronto sienten los beneficios que se producen. La gente dice a menudo:” ¡Ah! el Cielo no lo vemos, está demasiado lejos, mientras que los humanos están ahí, muy cerca, y es más fácil saber lo que éstos quieren que lo que quiere el Cielo.” Pero el Cielo tiene representantes: se pueden encontrar en el mundo a ciertos seres que han llegado a expresar algo del Cielo, a reflejar algo de su inteligencia, de su belleza, de su luz, de su paz, de su gozo. ¿Por qué no sintonizarse con estos seres para conectarse, a través de ellos, con el Cielo?

Cualquiera que sea la forma en la que nos conduzcamos, estamos fatalmente en sintonía con alguien y, si no es con los Ángeles, con las Divinidades o con los grandes Maestros, será con los diablos. ¡Y entonces es arriesgado! Si tenían gozo, esperanza, al cabo de algún tiempo, los buscarán y ya no los encontrarán. Dirán: “No lo comprendo. Antes estaba contento y lleno de esperanza, y ahora estoy triste, ¿por qué? Antes estaba activo, era dinámico, y ahora no tengo ganas de hacer nada, me siento cansado, aplastado, ¿por qué?... Antes tenía memoria, y ahora ya no me acuerdo de nada, todo se ha ido, ¿por qué? ...” Pues bien, porque son demasiado “inteligentes”. No han querido ponerse en sintonía con el Cielo,

y están en sintonía con el Infierno. Es más fácil, según parece: se puede hacer lo que se quiere, comer y beber a saciedad. Sí, pero no dura. No crean que pueden estar en desacuerdo con el bien sin acabar pagando las consecuencias.

Cada uno es libre de hacer lo que quiera, hasta locuras, ¿por qué no? Pero, con las locuras, firmamos un pacto con las entidades inferiores, y después ya no podemos desprendernos de ellas. Nos hemos divertido, hemos comido, hemos bebido, y ahora debemos pagar. Las locuras cuestan muy caras y es mejor no hacerlas. Son agradables, claro, nos sentimos bien, nos liberamos, supuestamente, pero ¿cómo acabará la cosa? Los humanos han llegado a encontrar lo que es agradable, pero todavía no han llegado a ver las consecuencias de lo que es agradable. Se quedan en el placer. Es agradable, y eso es todo. Sí, pero nunca se puede tener nada sin pagar el precio.

Los pagos no son los mismos en ambos casos, pero, tanto si recibimos nuestros gozos del Cielo como del Infierno, tenemos que pagar, de una u otra forma. Sólo cuando estén definitivamente en el Cielo, hagan lo que hagan: comer, beber, respirar, no pagarán nada. Porque están en el océano. Si nadan en el océano, ¿a quién ir a pagar? Pero, si se salen del océano, cuando quieran unas gotas, aunque sean unas pequeñas gotas, deberán pagar. ¡Cuántas veces han debido constatarlo! Después de las alegrías, empiezan las penas. Y hasta lo esperan: cuando sienten una gran felicidad, tienen miedo. Muchos tienen miedo cuando son muy felices. Para que no suceda nada fastidioso, para que la felicidad no sea inevitablemente seguida por una desgracia, hay que estar absolutamente conectados con el Cielo, hacer absolutamente su voluntad. Solamente cuando somos uno con el Cielo no tenemos que pagar nada. ¿Acaso Dios le debe algo a alguien? No, todo le pertenece; y ustedes también, si viven en Dios, ya no tendrán nada que pagar. ¿Han reflexionado en estas cosas? Pues bien, vale la pena reflexionarlas, tienen tiempo, nunca es demasiado tarde.

Sinceramente, mis queridos hermanos y hermanas, no hay unas verdades más importantes que conocer que las que reciben aquí, porque, aunque posean todas las demás ciencias, mientras ignoren estas verdades, son vulnerables, están expuestos a todas las fuerzas negativas. Quizá reciban algunos pequeños beneficios en recompensa a sus trabajos... ¡científicos!... algunos beneficios materiales, pero muy pocos beneficios espirituales.

Lo primero que hay que hacer es establecer el contacto con el Cielo, con la luz. Hagan después lo que quieran –trabajen, paseen, coman, disfruten, jueguen- pero nunca se salgan de este pensamiento que deben mantener el contacto con el Cielo. Sea cual sea su actividad, no es nada en comparación con este esfuerzo para sintonizarse con el Señor. Rodearse continuamente, abandonarse a Él... llámenlo como quieran, siempre que establezcan un contacto. Si se deciden a aplicar estas reglas, verán, ustedes mismos vendrán a decirme los pensamientos, los sentimientos y las posibilidades que sienten de nuevo en ustedes para poder trabajar mejor. Pero si, por el contrario, descuidan estas reglas, entonces ya no pregunten por qué son desgraciados, por qué no los aman. ¡Está demasiado claro!

Si les gustan los libros, hasta el punto de olvidarse de comer, se debilitan, mientras que, si comen bien, tienen fuerzas para leer después durante horas. ¿De qué les sirven los conocimientos si no tienen fuerzas? Lo que necesitan primero son fuerzas. Empiecen, pues, por comer, y después leerán. Y, justamente, el ambiente que tratamos de crear aquí es un alimento: es el pan, es el trigo. Aunque no aprecien aquí gran cosa, al menos serán vigorosos, dinámicos, y tendrán, por tanto, fuerzas para instruirse. Mientras que, sin este ambiente, les enseñen lo que les enseñen, no dará buenos resultados, porque no se habrán alimentado con lo esencial. Deben, pues, en primer lugar, reforzarse, alimentarse con este amor, y todo lo demás será posible después.

Aunque les diga que aquí no se aprende gran cosa, en realidad, este ambiente magnífico del que les hablo, este ambiente místico, los conecta ya con el mundo divino, y, entonces, es como si de repente todo hubiese cambiado en ustedes: ya no sienten ninguna fatiga, sienten que pueden comprenderlo todo, lo ven todo claro, como si su ojo interior viese, por fin, todo aquello que sus ojos físicos no pueden ver; saben cómo conducirse, cómo trabajar, y hasta puede que, de un solo golpe, surjan reminiscencias del pasado en su consciencia.

Deben saber que es gracias al ambiente del que se han beneficiado aquí durante años por lo que pueden tener ahora una mejor comprensión de las cosas, y que ésta mejor comprensión les protege de muchos peligros. Deben hacer, pues, todo lo posible para salvaguardar este ambiente, y tratar incluso de enriquecerlo para que sea cada vez más divino. Los poderes de un ambiente son gigantescos. Pueden hacer salir el lado bueno o malo de los seres. Por eso, debemos esforzarnos en vivir lo más a menudo posible en un ambiente bueno. Aunque sus efectos duren raramente más allá del

tiempo que estamos sumergidos en él, al menos durante unos instantes la naturaleza inferior es reducida al silencio, mientras que la naturaleza superior florece. Y, si repetimos esta experiencia, la naturaleza superior acaba teniendo un día el lugar preponderante.

Por eso nunca insistiré bastante sobre esto: deben participar cada vez más conscientemente en la creación de este ambiente, tienen que sentir que es un deber preservarlo, mejorarlo incluso, puesto que tiene el poder de dominar a la naturaleza inferior y de hacer salir la naturaleza divina. Evidentemente, ya sé que, para algunos, el adormecimiento de su naturaleza inferior es un signo de debilitamiento. Se sienten mucho mejor dando rienda suelta a sus instintos, dejando salir a sus fieras. Pero viene ahora un tiempo para la humanidad en el que hay que encerrar un poco a estas fieras que causan estragos por todas partes y que pueden incluso comerse a sus hijos, es decir, sus buenos pensamientos y sus buenos sentimientos, que todavía no son lo suficientemente fuertes y sólidos. Son tiernos, y las fieras los devoran. Esto sucede a menudo, y por eso hay que encerrarlas, y vamos a poder hacerlo gracias a este ambiente magnífico que llegamos a crear aquí.

Una hermana me decía: “Maestro, no sé qué hacer, mi marido sólo lee novelas policíacas, libros sin ningún interés, es imposible hacerle leer algún libro sensato. Cuando le doy uno, se duerme inmediatamente.” ¿Qué quieren que responda a eso? Si a algunos no les gusta nada de lo que es útil, constructivo, educativo, es porque son muy jóvenes todavía. ¿Ven?, no digo que sean tontos, estúpidos, sino que son muy jóvenes, y por eso sólo piensan en divertirse. Las novelas de la Serie Negra, ¡ésta es su distracción! Enterarse de cómo ha preparado su crimen un criminal, de cómo lo ha ejecutado, etc. Pero deben saber que es muy peligroso ocupar el pensamiento con crímenes y escándalos. Si ponen un pañuelo en una caja perfumada, cuando lo saquen, algún tiempo después, estará perfumado también. Lo mismo sucede con su pensamiento: se impregna con las emanaciones de los temas con los que lo han ocupado, y, si son emanaciones de cloacas o de estercolero, no se extrañen después de que las mismas emanaciones se desprendan de ustedes.

A muchos niños sólo les gusta jugar con el barro, o con suciedades, porque no diferencian entre lo que está limpio y lo que está sucio; y, desgraciadamente, muchos adultos también hacen lo mismo, pero en el plano espiritual. Sin embargo, van bien vestidos, con sedas de China... ¡o de Lyon! Pero, como su pensamiento se ha paseado por regiones

nauseabundas, infestan la atmósfera. Sí, no es ninguna broma. Hay que conocer estas leyes espirituales y aplicarlas. Tengan cuidado, pues, con lo que leen. Ninguna lectura deja de tener consecuencias. Lean los libros más profundos, los más educativos; aunque no los comprendan, los resultados serán benéficos. Aunque su cerebro no los comprenda, hay otro ser dentro de ustedes, que lee con ustedes, que comprende, y que un día les comunicará lo que ustedes todavía no habían podido comprender.

* * *

